

LOS ARTICULOS DEL MES

---

· LA RUEDA HA DADO UNA VUELTA COMPLETA  
MICHAEL PROWSE

· LA RECONSTRUCCION DEL SISTEMA MONETARIO  
INTERNACIONAL  
EDOUARD BALLADUR

· LA OLIMPIADA ECONÓMICA  
THE WALL STREET JOURNAL (EDITORIAL)



LA RUEDA HA DADO UNA VUELTA COMPLETA

(En el 100 Aniversario del Financial Times)

*Con ocasión de celebrar su primer centenario, el Financial Times ha publicado el día 15 de Febrero un número extraordinario, de contenido muy amplio y variado, en el que destacaríamos las páginas de dicadas a la economía. El artículo que sigue, es el que preside esas páginas.*

Si la historia económica y financiera de los últimos cien años tiene un tema central, este es la relación de amor o de odio entre los poderes públicos y los mercados. ¿Cuánto se debe intervenir en la economía? ¿Y cuándo?. Esta ha sido la cuestión permanente.

Cuando los inversores compraron el primer número de este / periódico en 1888 no había casi duda alguna sobre cuál era la / respuesta a tales preguntas. "Laissez faire" era la ideología / dominante. Gran Bretaña, aunque había dejado ya atrás su momen- / to álgido, era todavía la capital intelectual y financiera del / mundo. Su fidelidad al libre comercio y al liberalismo económi- / co no eran más que un reflejo de un estado de opinión al alcan- / ce universal.

Un cuarto de siglo más tarde, sin embargo, en 1913, el mun- / do tranquilo y estable del siglo XIX estaba a punto de resultar / definitivamente conmovido. Pero en el supuesto de que la la Gue- / rra Mundial no hubiera tenido lugar, el tiempo se habría termi- / nado para los liberales. Las clases trabajadoras se mostraban / cada día más inquietas, y el movimiento sindical adquiría nue- / vos ímpetus. Crecía la presión en favor de un aumento del gasto

público, sobre todo del destinado a socorrer a los estamentos menos favorecidos.

Otros veinticinco años más tarde, en 1938, el "laissez faire" había quedado del todo desacreditado como filosofía política. La Gran Depresión de principios de los años 30 fué contemplada como una prueba de falibilidad de la mano invisible de / Adam Smith. Los mercados, y en especial los mercados financieros, fueron juzgados como crónicamente inestables, razón por la cual precisaban de una permanente tutela por parte del poder público.

El lector del Financial Times en 1963, otro cuarto de siglo más adelante, apenas podría ocultar su complacencia ante los resultados del consenso keynesiano de la post-guerra. Ya no se habla entonces de la magia de los mercados. Los gobiernos se emplean confiados en el afinamiento de sus economías, en la regulación de sus sectores financieros y en la construcción de sus/ estados del bienestar. ¿Quién podía quejarse? El crecimiento era rápido, la inflación reducida y el desempleo casi inexistente.

En 1988, el panorama social y financiero es muy distinto. Una revolución conservadora ha invadido el mundo. La ideología política dominante está más próxima del "laissez faire" de 1888 que del intervencionismo tan floreciente de la mitad de siglo. Los gobiernos intervencionistas no están de moda. La economía y las finanzas van siendo desreguladas. Se reducen los impuestos. Se descarta la necesidad de una mayor igualdad. La rueda, en una palabra, ha dado casi la vuelta entera. ¿Seguirá rodando?. ¿Ha alcanzado ya una definitiva inmovilidad? La inestabilidad financiera, el elevado desempleo, las rivalidades comerciales y -- los problemas de la deuda, ¿conducirán al descrédito la filosofía liberal, como ocurrió en los años 30, y volverá una nueva -- ola reguladora e intervencionista?.

La respuesta no será del todo clara hasta que el Financial Times haya entrado profundamente en su segundo centenario. Lo --

único que podemos hacer por el momento es aprender algo de la historia. Los últimos cien años se dividen con bastante nitidez en cuatro períodos: el predominio británico y el patrón oro (hasta 1914); la depresión de entre-guerras y la inestabilidad (1919-1939); el predominio americano y Bretton Woods (1946-71); y la confusión posterior (1971- ).

La era del patrón oro tiende a ser contemplada con lentes de color de rosa. Ha sido frecuentemente celebrada como una época / única por su tranquilidad, civismo y prosperidad; como un repudio histórico de la tesis según la cual la economía sólo puede prosperar mediante un control de la demanda y una regulación de los mercados. Por ejemplo, el procesor Leland Yaeger, uno de los principales historiadores monetarios de los Estados Unidos, sostiene que "la gente era libre de las interferencias de la administración, y más libre de realizar los negocios que quisiera, / de invertir, de transferir fondos, de viajar sin formalidad alguna que en ningún otro momento anterior o posterior". El mismo autor hace notar que Phileas Fogg (el héroe de Viaje alrededor del mundo en ochenta días, de Julio Verne) podía pagar sus gastos con billetes del Banco de Inglaterra, que eran aceptados en todas partes. Fogg cruzaba fronteras impunemente, y para él no había duda que existía un medio internacional de pago que no estaba sometido a apreciaciones o a devaluaciones repentinas. Keynes, en Las consecuencias económicas de la paz, escribió palabras elogiosas sobre el placer de la vida económica de la primera pre-guerra. / El capital y el trabajo fueron, en efecto, excepcionalmente libres en los 40 años que precedieron a la 1ª Guerra Mundial. Enormes / cantidades de uno y otro emigraron a los Estados Unidos, a las colonias y al mundo en desarrollo en busca de buenos beneficios en territorios casi despoblados. Todo ésto es cierto, pero conviene no exagerar en cuanto a los resultados.

James Foreman-Peck, un historiador de Economía de la Universidad de Newcastle upon Tyne, califica de quimérica la noción de

que ese fué el tiempo en que el capitalismo funcionó mejor. El crecimiento real per capita en las 16 economías más ricas fué, en promedio, sólo del 1,5% anual entre 1870 y 1913, cifra que debe compararse con el 3,8% conseguido durante los 20 años de control de la demanda que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Durante la era victoriana de total movilidad de los factores, el comercio mundial subió el 3,3% al año. Durante los años del consenso keynesiano, en las décadas de los 50 y de los 60, / en que los movimientos de capital y de mano de obra estuvieron estrechamente regulados, el aumento fué del 8%, también anual.

Pero sobre todo debe subrayarse que la era del patrón oro ofreció un estilo de vida atractivo sólo a una pequeña minoría. Para los más, el horario de trabajo era largo, y las condiciones del mismo miserables. No había garantía alguna contra el paro, / la enfermedad o la vejez, y la distribución de la renta y de la riqueza era extremadamente desigual. Además, la tranquilidad era más imaginada que real. Las economías era alteradas por recesiones periódicas y por crisis financieras. El patrón oro estaba en la raíz de la inestabilidad que se manifestó durante aquellos / años...

En contraste con la etapa del patrón oro, pocos han sido los intentos de magnificar los años de entre-guerras. Para los economistas liberales se trata de años que conviene olvidar. El catálogo de errores de dicha etapa incluye los siguientes: las equivocadas reparaciones exigidas a Alemania; el retorno transitorio en mitad de los años 20 al patrón oro a unos cambios incorrectos; el crash de la bolsa de Wall Street en 1929; la Gran Depresión / de 1930.

Las notas características de aquellos años fueron un espíritu mezquino en las negociaciones internacionales; la pasividad / política en el interior de los países; la añoranza estéril, en / fin, del mundo de la pre-guerra. Los peligros de mirar al pasado

y no al futuro en materia económica quedan bien ilustrados en lo ocurrido durante dicho período en Gran Bretaña, obcecada con volver al patrón oro a las paridades anteriores a 1914. Tal política ignoró los grandes cambios que se habían operado en los precios relativos desde 1914, así como en el hecho de que había dejado / de existir un punto de amarre para que el sistema funcionara. Los Estados Unidos no estaban aún preparados para asumir la dirección de la economía mundial, y Gran Bretaña no estaba ya en condiciones de hacerlo.

El patrón oro restaurado estuvo sujeto a todo tipo de presiones, y algunos países no siguieron las reglas del juego. En particular Francia y Estados Unidos, que aprovecharon la oportunidad para absorber una buena parte de los stocks de oro del mundo sin adoptar las políticas macroeconómicas expansionistas que las entradas de oro hubieran exigido. Gran Bretaña, finalmente, aceptó lo inevitable y declaró la libra flotante en Septiembre de -- 1931.

Si la restauración del patrón oro demostró la locura de querer resucitar el pasado, la Gran Depresión ilustró la inesensatez que supone el querer confiar demasiado en los mercados. Hoy resulta difícil imaginar cómo las autoridades, en especial las / de los Estados Unidos, dejaron de hacer frente a una situación tan deteriorada. Entre 1929 y 1933, el producto nacional de Norteamérica se redujo en casi un tercio. El paro aumentó hasta casi 13 millones de personas, alrededor del 25% de la mano de obra. La producción no recuperó el nivel de 1929 hasta al cabo de casi una década. Una persona de cada cinco estaba todavía sin trabajo en 1938.

Pese a todo ello, los economistas de entonces, asentados en la tradición clásica, no urgieron al gobierno para que tomara medidas. Como ha señalado J.K. Galbraith en su History of Economics, la teoría descartaba la posibilidad de una recesión prolongada (la ley de Saw decía que la oferta creaba su propia demanda) "Los médicos, incluso los más ilustres, carecen de remedios para

una enfermedad que no puede existir". Joseph Schumpeter en Harvard y Lionel Robbins en la London School of Economics recomendaron específicamente "que no se hiciera nada". La depresión, / decían, debe seguir su curso. La infección se había apoderado / del sistema y sólo un gran esfuerzo podía eliminarla y restablecer la economía. Schumpeter fué tan lejos que llegó a decir que la recuperación sería positiva "sólo si se producía por sí misma" (only if it does como of itself).

La depresión resultó ser una refutación práctica de la economía clásica. En 1936 llegó la refutación teórica: la publicación de la Teoría general del empleo, el interés y el dinero, de J.M. Keynes. El libro, que muchos economistas, en un principio, encontraron de difícil comprensión, sostenía que la economía -- clásica era válida sólo en unas circunstancias especiales y limitadas: aquellas en las que la mano de obra y el capital podía ya asumirse que estaban plenamente ocupados.

Los argumentos de Keynes abrieron el camino hacia unas políticas macroeconómicas activas, dirigidas a mantener el crecimiento del PNB próximo a su potencial. La depresión, así, hizo más que estimular el nacimiento de una política de la demanda: condujo a un cambio más profundo en relación con la actitud de la gente sobre el papel del Estado en la economía.

Una política económica activa, sin embargo, sólo se manifestó plenamente en la tercera fase histórica: el período del predominio norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial, que terminó con el colapso del sistema de tipos de cambio de Bretton Woods a principios de los 70. La ayuda Marshall ocupó el lugar de las reparaciones. Un mecanismo negociador (el Acuerdo General sobre los Aranceles y el Comercio) fué establecido con el fin de evitar que el comercio exterior corriera la misma suerte que en los años treinta, evitando las guerras comerciales. Y en Bretton Woods se estableció un sistema de tipos de cambio que permitía periódicos reajustes de las paridades (en respuesta a "desequili-

brios fundamentales"), al tiempo que evitaba la inestabilidad de los cambios flotantes.

Paralelamente, los gobiernos se obligaron a estimular el / crecimiento y a asegurar el pleno empleo, así como a contener / la inflación, y no dudaron en multiplicar las regulaciones siempre que fué considerado necesario.

Tal política fué un éxito. Entre finales de los años 40 y el principio de los 70 el mundo industrial disfrutó del mayor crecimiento jamás alcanzado -con un desempleo insignificante- y una moderada inflación, todo ello acompañado de una notable redistribución de la renta. Esto permitió prestar una ayuda apreciable / al Tercer Mundo.

La economía keynesiana supuso la reparación del capitalismo como sistema político y económico. El fracaso de los mercados en los años 30 había acercado a muchos intelectuales al comunismo y al socialismo, y sólo hicieron marcha atrás cuando se convirtieron en ardientes defensores de la "economía mixta" y del Estado del bienestar.

Pero el barómetro económico no iba a permanecer inmóvil indefinidamente. El sistema de Bretton Woods empezó a resquebrajarse a finales de los 60, con lo que se alteró la estabilidad, y a medida que el consenso keynesiano de la post-guerra se fué disolviendo el liderazgo intelectual pasó a una nueva hornada de economistas, éstos liberales, que cantaron las excelencias de la libertad de mercado, del menor intervencionismo estatal y de las reducciones fiscales. Sin embargo, el fenomenal aumento de su influencia no se reflejó en unos resultados positivos paralelos.

De hecho, la etapa de la "confusión económica" que empezó a principios de los 70 (y que continúa aún) ha estado caracterizada por muchos de los fallos del período de entre-guerras. Entre -- otras analogías se ha observado una crisis de la deuda, una ele-

vada inflación, guerras comerciales, una violenta inestabilidad cambiaria y una situación de pánico bolsístico. Una característica común de estos dos períodos ha sido también la incapacidad de Estados Unidos para ejercer el liderazgo económico, esto es, para influir constructivamente en los acontecimientos. Debe reconocerse, con todo, que tanto el período entre-guerras como el que empieza hacia 1971 fueron períodos difíciles, fase de transición.

¿Qué nos ofrece el futuro?. En un momento en el que todos los países son rivales económicos y en el que nadie predomina, han de ir ganando popularidad las soluciones concertadas. No parece que haya nadie ya que dude de la necesidad de la cooperación, y esto se ha utilizado ya con algún provecho en materia / de cambios.

No es imposible que el lector que acuda al Financial Times el año 2013 se encuentre viviendo en un mundo intervencionista más parecido al de los idealistas años 60 que al de los difíciles 80. El romance de esta década con los mercados, una reacción necesaria a los años keynesianos de la post-guerra, podría no / llegar a ser más que una curiosidad histórica.